

Eric H. Cline

1177 a.C.

El año en que
la civilización
se derrumbó



TIEMPO DE HISTORIA

CRÍTICA

Eric H. Cline

1177 a. C.

El año en que la civilización se derrumbó



Traducción castellana de
Cecilia Belza

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2015
Primera edición en rústica: junio de 2016

1177 A.C. El año del colapso de la civilización
ERIC H. CLINE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *1177 B.C. The year civilization collapsed*

© 2014, Eric H. Cline /Princeton University Press
© de la traducción, Cecilia Belza, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-971-3
Depósito legal: B. 10.660 – 2016
Fotocomposición: Víctor Igual
2016. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Índice

<i>Ilustraciones</i>	9
<i>Prefacio</i>	11
<i>Agradecimientos</i>	17
PRÓLOGO	
El hundimiento de las civilizaciones: 1177 a. C.	21
CAPÍTULO 1	
Acto I. De armas y el hombre: el siglo xv a. C.	39
CAPÍTULO 2	
Acto II. Fuera de lo común (en el Egeo): el siglo xiv a. C.	77
CAPÍTULO 3	
Acto III. Luchar por Dios y por el país: el siglo xiii a. C.	115
CAPÍTULO 4	
Acto IV. El fin de una era: el siglo xii a. C.	151
CAPÍTULO 5	
¿Una «tormenta perfecta» de calamidades?	199

EpÍLOGO	241
Repercusiones	241
<i>Dramatis Personæ</i>	249
<i>Notas</i>	255
<i>Bibliografía</i>	289
<i>Índice temático</i>	335

Capítulo 1

Acto I. De armas y el hombre: el siglo xv a. C.

Hacia el año 1477 a. C., en la ciudad de Peru-Nefer, en el delta del Nilo (en el Bajo Egipto, cerca del mar Mediterráneo), el faraón Tutmosis III ordenó construir un gran palacio con frescos muy trabajados. Para la pintura se contrató a artistas minoicos de la lejana Creta, situada bastante más al noroeste, dentro del Gran Verde (según los egipcios llamaban al mar Mediterráneo). Crearon imágenes nunca vistas en Egipto —extrañas escenas de hombres que saltaban por encima de toros— aplicando la pintura sobre el yeso aún húmedo, con un estilo *al fresco* por el que los colores pasaban a formar parte de la propia pared. Era una técnica, y unas escenas, que habían aprendido en Creta, en el Egeo. Las imágenes únicas creadas con esta técnica estaban entonces de moda no solo en Egipto, sino también en palacios de toda la costa, desde Canaán, en el norte, hasta el Delta egipcio, en lugares que hoy conocemos como Kabri (en Israel), Alalaj (en Turquía), Qatna (en Siria) y Dab'a (en Egipto).¹

Peru-Nefer, la ciudad del delta, se ha identificado ahora con la moderna Tell ed-Dab'a. El yacimiento ha sido excavado por el arqueólogo austríaco Manfred Bietak y su equipo desde 1966. La ciudad también fue conocida antes como Ávaris, la capital de los hicsos, los odiados invasores de Egipto que gobernaron buena parte del país desde aproximadamente 1720 a 1550 a. C. Ávaris se transformó en Peru-Nefer, una metrópoli egipcia tenida en alta estima, después de que la conquistara

un antepasado de Tutmosis, el faraón egipcio Kamose, hacia 1550 a. C.

Al desenterrar una ciudad antes rica y ahora enterrada bajo metros de arena y escombros, Bietak sacó a la luz, en el transcurso de cuatro décadas, tanto la ciudad principal de los hicsos como la posterior metrópoli egipcia. También recuperó los increíbles frescos creados por los minoicos, o posiblemente por artistas locales que aprendieron de maestros minoicos, que se remontan a principios de la Dinastía XVIII (hacia 1450 a. C.).² Son buenos ejemplos del mundo internacionalizado que empezó a agregarse en el Mediterráneo oriental y el Egeo después de que los hicsos fueran expulsados de Egipto.

RECORDANDO A LOS HICSOS

Los hicsos invadieron por primera vez Egipto hacia 1720 a. C., un cuarto de milenio antes de la época de Tutmosis III. Permanecieron allí casi doscientos años, hasta 1550 a. C. En la época en que los hicsos se hicieron con el control del país, Egipto era una de las potencias asentadas del antiguo Oriente Próximo. Las pirámides de Guiza ya contaban casi mil años, por entonces: fueron erigidas durante la Dinastía IV, en el período del Imperio Antiguo. Manetón, un sacerdote egipcio que vivió y escribió en época helenística —en el siglo III a. C., un período muy posterior—, calificó a los hicsos de «reyes pastores», con una traducción errónea de la expresión egipcia *hekau jasut*, que en realidad significa «jefes de tierras extranjeras». Y eran en efecto extranjeros, porque los hicsos eran semitas que emigraron a Egipto desde la región de Canaán, es decir, los actuales Israel, Líbano, Siria y Jordania. Ya se ven representaciones de estos semitas en Egipto en el siglo XIX a. C., por ejemplo en una pintura mural de una tumba egipcia en Beni Hasan, donde se muestra a mercaderes «asiáticos» y comerciantes que llevan sus productos al país.³ La invasión hicsa de Egipto puso fin al período del Imperio Medio

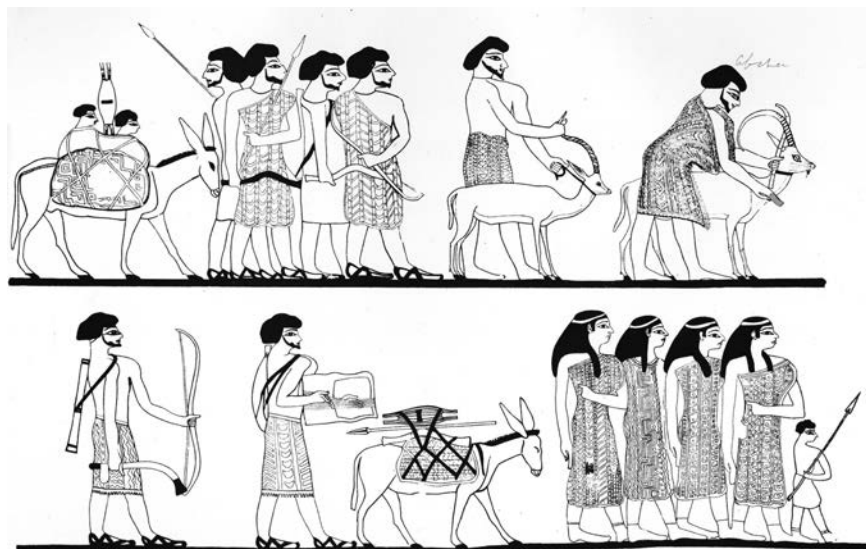


Fig. 3. «Asiáticos» en Beni Hasan (según Newberry, 1893, láminas xxx/xxxI; cortesía de la Egypt Exploration Society).

(hacia 2134-1720 a. C.). Posiblemente, su éxito se debió a la ventaja tecnológica de su armamento y a su capacidad de asestar el primer golpe, pues disponían de arcos compuestos que podían lanzar flechas mucho más lejos que los arcos tradicionales de la época. También disponían de carros tirados por caballos, que en Egipto no se habían visto nunca.

Tras la conquista, los hicsos gobernaron Egipto —principalmente desde su capital, establecida en Ávaris, en el Delta del Nilo— durante el que se conoce como Segundo Período Intermedio (las Dinastías XV a XVII), en un período de casi doscientos años, desde 1720 a 1550 a. C.⁴ Entre 3000 y 1200 a. C., esta es una de las pocas épocas en que Egipto estuvo gobernado por extranjeros.

Los relatos e inscripciones próximos al final de este período, hacia 1550 a. C., recogen algunas de las batallas que enfrentaron a los egipcios y los hicsos. Una historia en especial narra el desacuerdo entre dos gobernantes: *La disputa de Apofis y Sekenenre*.

En este relato —muy probablemente apócrifo—, el rey hicsos se queja de que no puede dormir de noche por culpa del ruido que hacen los hipopótamos del estanque del rey egipcio, Sekenenre, que gobernaba al mismo tiempo que él en otra parte de Egipto. La protesta es ridícula, porque varios centenares de kilómetros separaban ambas cortes reales: una estaba situada en el Alto Egipto y la otra en el Bajo Egipto; el rey de los hicsos no podía oír de ningún modo a los hipopótamos, por alto que chillasen.⁵ Pese a todo, los arqueólogos han descubierto la momia de Sekenenre y, por las heridas en el cráneo —provocadas por una hacha de guerra—, está claro que murió violentamente durante una batalla. ¿Se trató de un enfrentamiento con los hicsos? No lo sabemos con seguridad; sin embargo, es posible que Apofis y Sekenenre combatieran entre ellos, fuese o no por los hipopótamos.

También disponemos de una inscripción que nos legó el faraón Kamose, el último de los gobernantes de la Dinastía XVII de Egipto. En aquel momento, Kamose gobernaba desde su residencia de Tebas, en el Alto Egipto. Ofrece detalles de la victoria definitiva contra los hicsos, a quienes llama «asiáticos», en el siguiente texto datado hacia 1550 a. C.:

Yo he bajado río abajo como un campeón para expulsar a los asiáticos ... Mi valiente ejército estaba frente a mí, como una ráfaga de fuego; tropas ... eran la avanzada de nuestras fortificaciones ... para destruir sus lugares ... Pasé la noche en mi barco, estando mi corazón contento. (Cuando) amaneció, yo (ya) estaba sobre él, como está el halcón. (Cuando) llegó el tiempo de perfumar la boca, le atacué. Arrasé sus murallas, maté a su gente. Hice que su mujer descendiera a la orilla. Mi ejército era como (son) los leones, con su botín, con esclavos, ganado, leche y miel, dividiéndose sus bienes, estando sus corazones llenos de [alegría].

Kamose también nos habla del destino de la propia Ávaris:

[En cuanto a] Ávaris, en los [Dos R]íos ... yo los he dejado devastados, sin gente allí. He arrasado sus ciudades y he quemado sus

lugares, que se han convertido en estériles montículos para toda la eternidad, a causa del daño que han hecho a Egipto, ellos que han hecho que sirvan (los egipcios) a los asiáticos, (cuando) invadieron Egipto, su señora.⁶

Y con esto, los egipcios expulsaron a los hicsos del país. Regresaron a *Retenu* (uno de los antiguos nombres egipcios para la actual Israel y Siria, la misma zona en general que en Egipto también se conocía como *Pa-ka-na-na*, o Canaán). Mientras tanto, los egipcios fundaron la Dinastía XVIII, que empezó con Amosis, hermano de Kamose, quien inició el período que hoy denominamos «Imperio Nuevo de Egipto».

Ávaris y el resto de Egipto fueron reconstruidos durante este período, y la ciudad cambió de nombre. En época de Hatshepsut y Tutmosis III —unos sesenta años después, hacia 1500 a. C.— volvía a ser una ciudad floreciente, conocida ahora como Peru-Nefer, donde los palacios se decoraban con frescos al estilo minoico y representaban escenas de saltos de toros y otras que se antojan más propias de Creta, en el Egeo, que de Egipto. Un arqueólogo ha apuntado la posibilidad de que hubiera llegado a celebrarse un matrimonio real entre un gobernante egipcio y una princesa minoica.⁷ Sin duda, más adelante, durante las Dinastías XVIII y XIX, se produjeron varios matrimonios entre faraones egipcios y princesas extranjeras, fundamentalmente con la intención de reforzar los lazos diplomáticos o un tratado con una potencia extranjera, como veremos; pero no es necesario invocar matrimonios políticos para explicar la aparición de pinturas murales minoicas en Egipto, pues disponemos de otras pruebas independientes que nos hablan de contactos entre el Mediterráneo oriental, Egipto y, en este caso, el Egeo.

Está claro, por un gran número de datos —desde artefactos arqueológicos a pruebas textuales y pictóricas—, que los minoicos de Creta ya habían establecido contacto con varias zonas del antiguo Oriente Próximo mucho antes de su interacción con los faraones egipcios del Imperio Nuevo. Por ejemplo, tenemos noticia de objetos de manufactura minoica que cruzaron el Egeo y el Mediterráneo oriental hasta Mesopotamia, la tierra entre los dos ríos —el Tigris y el Éufrates—, en el siglo XVIII a. C., hace casi cuatro mil años.

La documentación de este comercio antiguo proviene del yacimiento arcaico de Mari, en la orilla oriental del río Éufrates, en la moderna Siria, donde, durante la década de 1930, arqueólogos franceses recuperaron un tesoro oculto de más de veinte mil tablillas de barro inscritas. Algunos vecinos los enviaron al yacimiento al descubrir, accidentalmente, lo que al principio creyeron que era un hombre decapitado y luego resultó ser una estatua de piedra; una de muchas, como por ejemplo otra con una inscripción que lo identificaba como rey de la antigua ciudad.⁸ Las tablillas, con textos escritos en acadio antiguo, provenían de un archivo de la correspondencia real y otros archivos más prosaicos de los reyes de Mari, incluido cierto Zimri-Lim, que gobernó hacia 1750 a. C. Contenían todo tipo de información relativa a la administración del palacio y la organización del reino, además de otros aspectos de la vida cotidiana de la época.

Una de estas tablillas, por ejemplo, habla del hielo que Zimri-Lim utilizaba para sus bebidas de verano, que incluían vino, cerveza y bebidas a base de cebada fermentada, aromatizadas con zumo de granada o anisados del estilo de la regaliz. Sabemos que se había ordenado la construcción de un pozo de nieve en la orilla del Éufrates, donde guardar el hielo recogido en las montañas nevadas durante el invierno hasta que hiciera falta en los meses de verano. Zimri-Lim afirmaba que ningún otro rey había construido una nevera como aquella, y quizá fuera cierto, pero el

uso de hielo en las bebidas no era nuevo en la región, hasta el punto en que un rey le recordó a su hijo que los sirvientes debían limpiar el hielo antes de ponerlo en las bebidas: «Haz que recojan el hielo, y que lo limpien de ramitas, estiércol y barro».⁹

Los archivos dan constancia de comercio y contacto con otras áreas del Mediterráneo y del Oriente Próximo, con una mención especial de los artículos poco comunes que se recibían. También sabemos, gracias a aquellas tablillas, que era frecuente intercambiar regalos entre los gobernantes de Mari y los de otras ciudades y reinos, y que los reyes se requerían entre sí los servicios de médicos, artesanos, tejedores, músicos y cantantes.¹⁰

Entre los objetos exóticos de importación que aparecen en las tablillas de Mari se incluyen una daga y otras armas de oro incrustadas con piedras de lapislázuli, además de ropas y tejidos «fabricados a la manera de Caftor».¹¹ Caftor (o Kaptaru) era el nombre cananeo y mesopotámico de Creta; luego los egipcios la llamarían Keftiu. Los artículos habían recorrido un largo camino desde Creta, adquiriendo lo que hoy se conoce como «valor de lejanía», además del valor inherente que ya poseían por el trabajo artesano y los materiales de que estaban hechos.

Otra tablilla da cuenta de una situación poco usual, cuando Zimri-Lim, el rey de Mari, envió desde Creta un par de zapatos minoicos como regalo para el rey Hammurabi de Babilonia. El texto dice, sencillamente, «Un par de zapatos de cuero al estilo caftóreo, que llevó al palacio de Hammurabi, rey de Babilonia, Bahdi-Lim (un funcionario), pero que fueron devueltos».¹² No aparece la razón por la que se retornaron los zapatos. Quizá simplemente no eran de la talla. El código legislativo de Hammurabi —el primero en el que aparece la cita «ojo por ojo, diente por diente» que luego hizo famosa la Biblia hebrea— no especifica castigos por devolver artículos del tipo de unos zapatos.

Es un poco sorprendente que Hammurabi rechazase los zapatos de cuero, con independencia de si le iban bien o no, porque probablemente eran raros y poco frecuentes en su tierra, en aquella época, dada la distancia que había entre Creta y Mesopo-

tamia, es decir, entre lo que hoy es la Grecia moderna y Siria/Iraq. Un viaje como aquel no se habría emprendido a la ligera y es probable que se realizara por etapas: diversos comerciantes o mercaderes transportarían los artículos en los distintos segmentos del viaje. Por otra parte, que se entregasen regalos de aquel tipo entre reyes de igual rango era una práctica bien conocida en el antiguo Oriente Próximo durante el segundo milenio a. C.¹³ En aquellos casos, los artículos en cuestión llegaban directamente en manos de emisarios de uno de los reyes, en lo que hoy llamaríamos embajadas diplomáticas.

DESCUBRIMIENTO Y GENERALIDADES DE LOS MINOICOS

De lo que acabamos de ver se desprende que los minoicos de Creta estuvieron en contacto con diversas zonas del antiguo Oriente Próximo durante la Edad del Bronce media y tardía, desde al menos 1800 a. C. Incluso en las cartas de Mari se hace mención de los minoicos y, posiblemente, de un intérprete minoico (o quizá un intérprete para ellos), presente en Ugarit, en el norte de Siria, durante los primeros años del siglo XVIII a. C., donde recibían estaño enviado al oeste desde Mari.¹⁴ No obstante, parece ser que hubo una relación especial con Egipto desde principios del siglo XV, durante la época de Hatshepsut y luego Tutmosis III, razón por la que nuestra historia comienza en este punto temporal.

Es interesante señalar que a la civilización minoica la bautizó así el arqueólogo británico sir Arthur Evans a principios de la década de 1900. No sabemos realmente cómo se llamaban ellos a sí mismos; solo se sabe que egipcios, cananeos y mesopotámicos usaban cada uno un nombre distinto para referirse a ellos. Además, tampoco sabemos de dónde provenían, si bien sospechamos que venían de ciertas áreas de Anatolia/Turquía.

No cabe duda de que fundaron una civilización en Creta durante el tercer milenio a. C. que duró hasta aproximadamente

1200 a. C. Mediado este período, hacia 1700 a. C., la isla fue asolada por un terremoto terrible que obligó a reconstruir los palacios de Cnossos y el resto de la isla. Pese a todo, los minoicos se recuperaron rápidamente y florecieron como civilización independiente hasta que más adelante, en el segundo milenio, los micénicos invadieron la isla desde la Grecia continental; a partir de entonces, la isla siguió bajo gobierno micénico hasta que todo se derrumbó hacia 1200 a. C.

Sir Arthur Evans empezó a excavar en Creta tras seguir la pista a la fuente de las llamadas «piedras de leche» que encontró a la venta en la plaza del mercado de Atenas. Estas piedras las llevaban las mujeres griegas que habían dado a luz o estaban a punto de hacerlo. Tenían símbolos grabados que Evans no había visto jamás, pero que reconoció como escritura. Les siguió la pista hasta una zona de enterramientos en el monte de Kéfala, en Cnossos (Creta), cerca de la gran ciudad moderna de Heraclión; un emplazamiento que Heinrich Schliemann, el arqueólogo que excavó Troya, había tratado de comprar para estudiarlo, aunque en vano. Evans, en cambio, sí logró comprar la tierra y empezó las tareas de excavación en marzo de 1900. Continuó excavando durante varias décadas, dedicando a aquel proyecto casi toda su fortuna personal, y al final publicó sus hallazgos en una colosal obra en varios volúmenes, titulada *The Palace of Minos at Cnossos*.¹⁵

Junto con su leal ayudante escocés, Duncan Mackenzie,¹⁶ Evans sacó a la luz pronto lo que parecía ser un palacio real. De inmediato bautizó la civilización recién descubierta como «minoica», en referencia al rey Minos de la leyenda griega, del que se cuenta que gobernó Creta en tiempos antiguos e incluso tuvo un minotauro (mitad hombre, mitad toro) en un laberinto situado en los subterráneos del palacio. Evans recuperó muchas tablillas de arcilla, además de otros objetos, con muestras de escritura, tanto en Lineal A (aún sin descifrar) como en Lineal B (una forma primitiva del griego que probablemente llegó a Creta por la vía micénica). Ahora bien, no logró descubrir el verdadero

nombre de aquellos pueblos, lo cual, como ya he indicado, sigue siendo un misterio incluso para nosotros, pese al siglo largo de excavaciones interrumpidas que se vienen realizando no solo en Cnossos sino también en otros muchos lugares de Creta.¹⁷

Evans halló en Cnossos numerosas importaciones de Egipto y el Oriente Próximo, como una tapa de alabastro con una inscripción jeroglífica que dice: «el buen dios, Seweserenre, hijo de Re, Jyan».¹⁸ Jyan, uno de los reyes hicsos más conocidos, gobernó durante los primeros años del siglo XVI a. C. Se han encontrado objetos suyos por todo el antiguo Oriente Próximo, pero sigue siendo un misterio cómo llegó esta tapa hasta Creta.

También es interesante un jarrón egipcio de alabastro hallado muchos años después, durante otra excavación arqueológica, en una tumba del yacimiento de Katsamba en Creta, una de las ciudades portuarias de la costa norte, vinculada con Cnossos. Lleva inscrito el nombre real del faraón Tutmosis III: «El buen dios Menjeperre, hijo de Re, Tutmosis, perfecto en transformaciones». Es uno de los escasos objetos hallados en el Egeo con su nombre.¹⁹

Tucídides, historiador griego del siglo V a. C., afirmó que, en aquella época, los minoicos disponían de una flota naval con la que dominaban los mares: «Minos fue el primero, de los que conocemos por la tradición, en procurarse una flota y extender su dominio por la mayor parte de lo que hoy llamamos mar griego» (Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, I, 3-8).^{*} Hace unos años, los historiadores bautizaron este dominio del mar como la «talasocracia minoica» (compuesto del griego *thálassa*, «mar», y *kratía*, «poder»). Si bien recientemente esta supuesta supremacía naval minoica se ha puesto en tela de juicio, en los documentos egipcios aparecen referencias a los «botes de *Keftiu*» —*Keftiu* es siempre el término egipcio para aludir a Creta—, aunque no está del todo claro si se trataba de botes venidos de Creta, que iban allí o contruidos al modo minoico.²⁰

^{*} Se cita por la traducción de Juan José Torres Esbarranch, Madrid: Gredos, 2000. En esta edición, la numeración del pasaje es I, 4. (*N. de los t.*)

El sucesor de Evans en el yacimiento, John Devitt Stringfellow Pendlebury, manifestó un enorme interés por las posibles conexiones entre Egipto y Creta; excavó el yacimiento egipcio de Amarna (la capital de Ajenatón, de la que tendremos ocasión de hablar más adelante) y el de Cnossos. Pendlebury incluso publicó una monografía sobre este tema, que tituló *Aegyptiaca*, en la que recogió y catalogó todas las importaciones egipcias halladas en Cnossos y cualquier otro emplazamiento de la isla, antes de que los paracaidistas alemanes le disparasen mortalmente durante la invasión de Creta, en 1941.²¹

Evans y Pendlebury hallaron otros objetos importados en Cnossos, y durante las décadas posteriores se ha descubierto que, al parecer, los minoicos participaron en negocios de importación y exportación, y se esforzaron por trabar una red de contactos con varios países, además de Egipto. Por ejemplo, en varios yacimientos de Creta, pertenecientes a los contextos de la Edad del Bronce media y tardía, se han recuperado sellos cilíndricos de Mesopotamia y jarras de almacenamiento de Canaán; y se ha descubierto cerámica minoica y otros objetos terminados, o al menos mención a ellos, en países que van de Egipto, Israel, Jordania y Chipre hasta Siria e Iraq.

REGRESO A EGIPTO

No debemos olvidar que los productos antes mencionados representan solo una porción muy menor de los que llegaron a cruzar el Mediterráneo, porque buena parte de los productos con los que se comerció durante la Edad del Bronce tardía eran perecederos y era improbable que hubieran quedado muchos restos identificables hoy. Cereales, vino, especias, perfumes, madera y productos textiles desaparecieron hace mucho, con casi total seguridad. Materias primas como el marfil, piedras preciosas como el lapislázuli, las ágatas o la cornalina, y metales como el oro, el cobre y el estaño, por su parte, hace también mucho tiempo que

habrían sido transformados en otros objetos, como armas o joyas. De este modo, los indicadores más abundantes de las rutas comerciales y los contactos internacionales se habrían estropeado o desintegrado, o habrían desaparecido de algún otro modo, ya en la propia Antigüedad. Pese a todo, a veces la existencia de productos comerciales perecederos puede identificarse en los textos escritos o por su inclusión en las pinturas murales preservadas hasta el día de hoy. Estas pinturas, inscripciones y referencias literarias pueden servir como guías menos ambiguas para determinar los contactos entre pueblos, siempre y cuando las interpretemos correctamente. Por lo tanto, las representaciones de los pueblos extranjeros que aparecen en una serie de pinturas de tumbas egipcias fechadas en los reinados de los faraones del Imperio Nuevo, de Hatshepsut a Amenofis III, son de un valor incalculable en tanto que testimonios concretos de las redes diplomáticas, comerciales y de transporte activas durante los siglos xv y xiv a. C.²²

Durante el reinado de Hatshepsut, en el siglo xv a. C., se edificó la primera de las tumbas cuya decoración mural retrata efectivamente a pueblos del Egeo. En estas tumbas vemos, con frecuencia, a los minoicos, muchas veces con sus productos y con inscripciones que sitúan de forma inequívoca su procedencia en la isla de Creta. Por ejemplo, en la tumba de Senenmut, el arquitecto, consejero y quizá amante de Hatshepsut, se representa una embajada del Egeo donde seis hombres llevan vasos de metal de manufactura típicamente egea.²³

En otra pintura, dentro de la tumba de Rejmire, visir de Tutmosis III (hacia 1450 a. C.), vemos a hombres vestidos con las típicas faldas al estilo egeo y con objetos específicos del Egeo. Junto a ellos se escribe (en parte): «Enviados pacíficos de los jefes de Keftiu y las “islas de en medio del mar” se inclinan y bajan la cabeza ante el poder de Su Majestad el rey del Alto y Bajo Egipto».²⁴ Se representa, sin duda alguna, una delegación egea enviada a Egipto, una de las varias preservadas en las tumbas egipcias de este período.

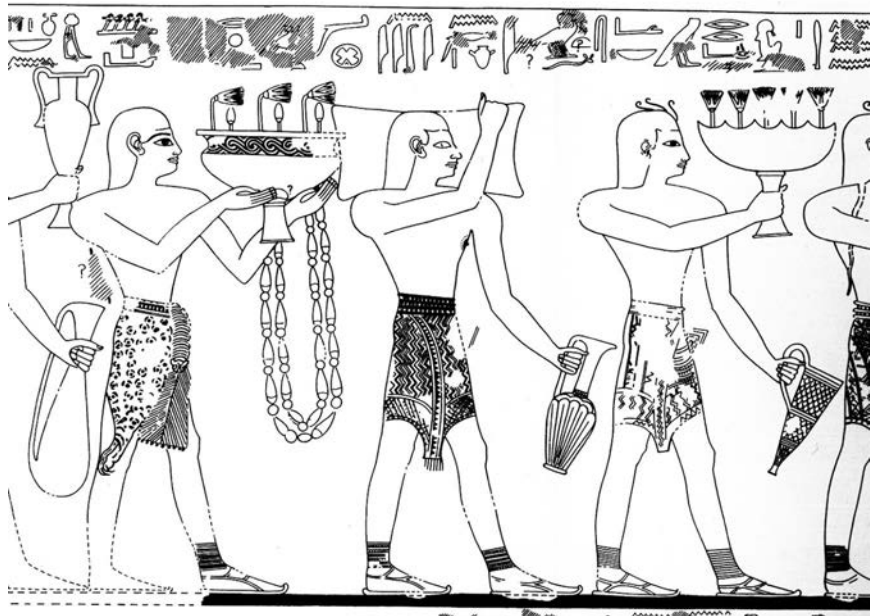


Fig. 4. Tumba de Rejmire, con la representación de pueblos egeos (según Davies, 1943, lám. xx; cortesía del Metropolitan Museum of Art).

Los pueblos del Egeo no son los únicos que aparecen en la tumba de Rejmire; en otros registros, tanto superiores como inferiores, se ven emisarios del Punt, de Nubia y Siria, con inscripciones al lado de cada uno de ellos. Aunque no se ha demostrado, parece bastante probable que estemos contemplando el retrato de alguno de los acontecimientos principales que sucedieron durante el reinado de Tutmosis III, y que los delegados o comerciantes del Egeo sean tan solo una parte de la multitud que, venida de diversas tierras, se reunió o fue convocada allí. De ser así, lo más probable es que se tratara del festejo del *Sed* («aniversario»), que un faraón celebraba por primera vez a los treinta años de gobierno y, en adelante, de forma irregular. En el caso de Tutmosis, sabemos que organizó al menos tres celebraciones de esta naturaleza, lo cual no resulta sorprendente puesto que gobernó durante cincuenta y cuatro años.²⁵